

EDMUNDO PAZ SOLDÁN
SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Selección y edición de Alejandro Aliaga



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

A Lily

ÍNDICE

Mi segunda oportunidad	11
La biblioteca de mi padre	37
Salir del túnel	47
Segundas oportunidades	
Bruno Schulz	63
Isaac Babel	65
Nikolái Leskov	67
Clemente Palma	69
Arthur Machen	70
Nellie Campobello	71
Hilda Mundy	72
José de la Cuadra	75
John Dickson Carr	76
Sigismund Krzyzanowski / Yevgeni Zamiatin	77
Francisco Tario	79
Josefina Vicens	81
Shirley Jackson	83
Alfredo Gómez Morel	85
Charles Portis	87
Alice Sheldon	89
Andrzej Kusniewicz	90
Rafael Pinedo	92
Germán Marín	94
László Krasznahorkai	96
Mircea Cărtărescu	98
Emma Reyes	102
In memoriam	
Clarice Lispector (1920-1977)	107
João Guimarães Rosa (1908-1967)	109
Hilda Hilst (1930-2004)	112

Jorge Ibargüengoitia (1928-1983).....	114
Daniel Sada (1953-2011)	116
Félix Romeo (1968-2011)	117
Mario Levrero (1940-2004)	119
Danilo Kis (1935-1989)	122
Salvador Benesdra (1952-1996)	124
Rodrigo de Souza Leão (1965-2009)	126
J. G. Ballard (1930-2009)	128
Jesús Urzagasti (1941-2013).....	130
Géneros sumergidos	
Más allá de la ciencia ficción	135
Cómics	154
La historia del crimen	163
¡El horror, el horror!	172
Dos ensayos	
Vicente Huidobro	181
Jaime Saenz (1921-1986)	192
Las oportunidades	
Regreso a Río Fugitivo	211
Los suicidas	214
Ficción y verdad de Martín Ramírez	224
Agradecimientos	233

MI SEGUNDA OPORTUNIDAD

A principios de 1985 me fui a vivir a Mendoza, en Argentina, con la intención de estudiar Ingeniería en Petróleos. Eran tiempos complicados para la economía boliviana; la democracia había retornado tres años atrás, pero una hiperinflación de más del ocho mil por ciento anual hacía que un buen sector de la clase media extrañara los años de “orden, paz y trabajo” de la dictadura de Hugo Banzer. Con las universidades estatales cerradas o en plena efervescencia política, los que podían se iban a estudiar a Brasil, Argentina, Chile.

Mis padres se habían divorciado no hacía mucho y la tensión era palpable. Mamá quería que me fuera al exterior, a ampliar mis horizontes; trabajaba en una agencia de publicidad y comenzaba a irle bien. Yo había aceptado su decisión sin cuestionarla, y eso ponía en aprietos a papá. Él era médico y esas tardes veía su consultorio semivacío, el sueldo que se evaporaba apenas le pagaban en “cheques de gerencia”, billetes parecidos a los del Monopolio. Cuando le dije que quería irme a estudiar afuera, me preguntó si era justo que lo hiciera con la situación como estaba. Nos encontrábamos en la casa de mi abuelo, donde él pasaba buena parte de sus horas libres, y donde mis hermanos y yo solíamos visitarlo a la hora del té o los fines de semana. Con la insolente inmadurez de mi edad, le respondí que “todo el mundo se va, ¿por qué yo no?”. Al final accedió, sin que eso significase que lo hiciera de buena gana. Me pidió que le presentara un plan concreto y fijamos los límites al presupuesto mensual (mi madre y él se dividirían los gastos). No daba para Buenos Aires, donde él había estudiado en los años 50, después de que lo exiliara la revolución de Paz Estenssoro, pero sí para Mendoza, donde el padre de un amigo había sido nombrado cónsul y en la casa de su hermana alquilaban habitaciones para estudiantes a 60 dólares al mes.

Papá me preguntó qué quería estudiar. Él y mamá veían preocupados mis intereses literarios durante la adolescencia. Papá incentivaba mi afición, pero no pensaba que fuese para tomarla en serio. De qué viviría, decía mi madre arrebujada en su cama de recién divorciada, imaginándome como profesor de colegio con un raído impermeable bajo la lluvia, esperando el colectivo mientras los autos pasaban a mi lado. En la promoción del Don Bosco, la mayoría de mis compañeros quería ser

economista, ingeniero, abogado, doctor. Los tests vocacionales habían resultado indefinidos para mí. Lo único claro era que no podía ser médico, por mi aversión a la sangre.

La presión social y familiar me ganó. Como le hacía relativamente bien a los números, me decidí por la ingeniería (ah, tiempos de elegir una carrera dependiendo de si eras bueno para las ecuaciones o si tenías memoria para retener datos históricos). Quizás Industrial, me dije, aunque no tenía ningún tipo de habilidad para las cosas prácticas (no podía cambiar un foco, mucho menos podría hacer funcionar una fábrica). Alguien me informó que una carrera popular en Mendoza era Ingeniería en Petróleos, y que con ese título podría viajar y conocer el mundo; ayudado por esas razones poco profundas, llegué a la Universidad Nacional de Cuyo a anotarme en Petróleos. Argentina era muy receptiva con los estudiantes extranjeros, así es que me inscribí presentando solo mi carnet de identidad. No debía pagar nada.

Antes de partir papá me llamó a su consultorio en el edificio El Profesional, cerca del centro. Se mantenía bien porque jugaba al tenis todos los fines de semana, pero en las ojeras se le notaba la preocupación, o quizás era la soledad de esos tiempos sin una pareja estable, durmiendo en un cuarto pequeño donde mis abuelos o en la casa de campo que teníamos en el cruce de la Taquiña, un lugar acogedor pero desordenado, al que de tanto en tanto iba mi hermana mayor a limpiar y tender la cama. Sin preámbulos, me entregó un estetoscopio de fabricación alemana y dijo que yo podría venderlo en unos setenta dólares. Sacó otros instrumentos quirúrgicos, me dio precios. Me ofreció una cámara fotográfica Rolleiflex, de los años 50, una reliquia de lujo, podía sacar por ella unos doscientos dólares. Me dijo que me llevara todo eso a Mendoza para cualquier emergencia. Cada mes me haría llegar la parte en la que había quedado con mi madre. Luego me enteraría de que tuvo que empeñar el auto de mi abuelo para disponer de liquidez para mis estudios.

Así comenzaron mis años argentinos. En Mendoza vivía en casa de la familia Vargas-Rivas, con sus hijos Vivi y Pancho, y con cuatro amigos (Mauricio, Oli y los hermanos Oky y Pinky) que alquilaban habitaciones. Compartía habitación con Oky, que quería ser ingeniero agrícola, y Mauricio, que estudiaba publicidad en un instituto. Yo sufría esos primeros meses, porque las clases eran duras y áridas, y las tareas que se

nos asignaban me podían tener despierto hasta las cinco de la mañana. Extrañaba mi ciudad natal, Cochabamba, y vivía pensando qué estarían haciendo mis hermanos a esa misma hora, qué discotecas se habrían puesto de moda. Escribía cartas largas y los domingos iba a casa de unos vecinos bolivianos a llamar por radio a mis padres. Quizás me había ido del país muy temprano, pensaba; ni siquiera había cumplido los dieciocho. Pero eso lo compensaría un diploma profesional. Los sacrificios serían justificados y volvería a Bolivia a dar todo de mí por el bien de la nación. Muy rápidamente, habían quedado atrás mis sueños de conocer el mundo. Con Mendoza me bastaba.

Lo que más me costó aceptar esos días fue la falta de tiempo para la lectura. Era un gran lector y siempre disponía de una novela o un libro de cuentos en mi mesa de noche, pero la ingeniería era demasiado absorbente y dejaba poco tiempo libre. Tampoco tenía presupuesto. Por suerte, los quioscos estaban bien provistos de libros baratos. Por esos meses Seix Barral lanzó una colección de clásicos contemporáneos, y yo los compraba regularmente. Recuerdo haber leído a Ernesto Sabato (*Abaddón el exterminador*), William Faulkner (*Santuario*) y Henry Miller (*Plexus*).

A medida que pasaron los meses, ocurrió lo predecible: me desencanté de la ingeniería. En realidad, nunca me había llegado a encantar. No tenía la vocación de mis compañeros argentinos (recuerdo sobre todo a Vinante, más rápido que los profesores; un pequeño genio que nos intimidaba apenas abría la boca). No había hecho caso a mis intereses profundos, quizás porque mi inmadurez me impedía verlos, asumirlos como lo que podían ser, una apuesta para tomar en serio y de por vida. Hubo presión familiar y social para que me decidiera por la ingeniería, pero al final la decisión la había tomado yo. Había claudicado a los intereses de clase, a la figuración social, a las posibilidades económicas de mi profesión elegida. No era como para sentirme orgulloso.

Al final, sin querer, la novela de Ernesto Sabato me ayudó. No he vuelto a leer *Abaddón el exterminador*, de modo que es seguro que ya la haya reinventado, pero las páginas que me llegaron fueron aquellas en las que el científico —un obvio alter ego del autor— con veleidades artísticas está haciendo sus experimentos en el laboratorio con la cabeza distraída, lo atarean disquisiciones estético-metafísicas, y se produce un accidente. Ese accidente hará pensar al científico que no puede

vivir así, que debe decidir, de modo que deja la ciencia y opta por una carrera artística.

Las páginas de Sabato se convirtieron en un resumen simbólico de mi situación. Si no dejaba la ingeniería a tiempo, era probable que me ocurriera como al protagonista de la novela. Ya entonces, veía a la literatura como un espacio privilegiado: el lugar de las preguntas.

De modo que, todavía adolescente, tuve mi primera crisis existencial. Me recuerdo en el baño de esa casa en Mendoza, viéndome en el espejo, angustiado. Tardé meses en tomar una decisión. Mauricio y yo charlábamos de esto a veces hasta la madrugada, con un vaso de whisky de por medio; él había decidido regresar a Bolivia a fin de año, el instituto en el que estaba era caro y no tan bueno. A mí me daba vueltas una sensación de culpa inevitable, por el costo que significaba para mis padres mantenerme en el exterior, y por lo que yo consideraba un despilfarro de tiempo (un año que se perdería, pensé, sin intuir que quizás ese tiempo despilfarrado me ayudaría mucho después). Tampoco me alegraba regresar a mi ciudad sin haber cumplido mis objetivos. Pero al final debía aceptar mi equivocación. Pensé que una salida digna sería terminar ese año con buenas notas y llegar a diciembre y hablar con mis padres y decirles que el problema no era mi capacidad para los estudios sino mi interés —o desinterés— en la carrera.

Así regresé a Cochabamba en diciembre. Me enfrenté a mis padres por separado, y me sorprendieron. Mamá, en el living de la casa, mientras servía el lechón al horno en el almuerzo de bienvenida: “Sabía que no dabas para ingeniero, pero ahora estoy más tranquila. Al menos lo intenté”. Papá, en un restaurante cerca del colegio La Salle, mientras comíamos pique macho, con mi hermano Marcelo al lado: “Todos tenemos una segunda oportunidad. Espero que no vuelvas a equivocarte”. Tanta comprensión me desarmó. Ellos me habían entendido antes que yo, aunque, por diversos motivos, habían preferido esperar a que sus predicciones fallaran. Era como si hubieran querido ir contra lo que ellos mismos veían todos los días en casa (mi madre recuerda que mi juguete favorito a los dos años eran unas viejas *Selecciones* del Reader’s Digest; mi padre, que a los cinco años me gustaba hacer como que leía el periódico, y lo agarraba al revés). Ellos también habían apostado a su conciencia de clase antes que a su propia experiencia; ese instinto incapaz de salir de unas cuantas profesiones repetitivas.

En febrero de 1986 viajé a Buenos Aires, a estudiar Relaciones Internacionales en la Universidad de El Salvador. La situación había mejorado para mis padres después de que el gobierno de Paz Estenssoro lograra detener la hiperinflación. Todavía no vislumbraba una carrera literaria en el horizonte; que me gustara leer novelas no era razón suficiente para seguir Letras. Había escrito cuentos entre mis once y catorce años –descarados plagios de Agatha Christie y Arthur Conan Doyle–; y entre mis catorce y diecisiete, dirigido un periódico en el colegio Don Bosco, lo que permitía pensar que debía estudiar algo relacionado con la escritura. Sin embargo, también me interesaba la política y buscaba formas de ser útil al país. Un poco raro esto, visto con la perspectiva del tiempo, pero a esa edad, en el exterior, mi elección de una carrera estaba marcada no solo por condicionamientos familiares sino por un ímpetu de servicio. Quizás todo esto provenía de mi formación en un colegio católico en el que los padres me repetían con frecuencia la parábola de los talentos: yo era responsable por las cualidades que me habían tocado en suerte, no podía desaprovecharlas y debía ponerlas al servicio de una comunidad. Pensaba que podía ser un diplomático de carrera, que Bolivia necesitaba buenos profesionales en el ramo para negociar, por ejemplo, la cuestión marítima (con el añadido de que, en mis fantasías, los diplomáticos tenían mucho tiempo libre y podían dedicar ese tiempo a leer todo lo que les interesaba). En Mendoza había conocido a Luis Tejada, un estudiante de La Paz que tenía las paredes de su departamento llenas de mapas de posibles acuerdos con Chile que incluían el acceso al mar (su padre había sido uno de los negociadores de Banzer en los intentos que hizo, a mediados de los 70, de llegar a un acuerdo marítimo con Pinochet). Hasta entonces el mar no me había interesado mucho, pero la pasión de Luis por el tema podía convencer a cualquiera.

Esos días pensaba muchas cosas pero no las correctas; me ganaban los miedos, la ingenuidad, la inmadurez.

Apenas llegué a Buenos Aires quedé deslumbrado con las librerías de la calle Corrientes, con su Feria del Libro. A diferencia del año que pasé estudiando ingeniería, ahora tenía demasiado tiempo libre. Me puse a leer, furioso, los clásicos que le faltaban a mi educación anárquica, gracias una vez más a las ediciones de bolsillo en los quioscos: Carpentier

(*El siglo de las luces*), Hemingway (cuentos), Camus (*La peste*), Sartre (*La náusea*), Greene (*El americano impasible*). También leía novelas en una colección de clásicos de ciencia ficción (Bradbury, Huxley), y de vez en cuando me animaba a comprar libros de autores como Osvaldo Soriano y Mempo Giardinelli, entre los argentinos, y Milan Kundera y Umberto Eco entre los extranjeros. Ahorré para conseguir las obras completas de Borges en Emecé y las de Onetti en Aguilar.

No recuerdo mucho de lo que aprendí en las aulas de la Universidad del Salvador. Sí que una vez, motivado por un profesor que de pronto, en medio de la clase, nos dio, para hablar del absurdo del mundo, una imagen paradójica –“solo falta que los presos de las cárceles se pongan a oficiar de guardias” –, escribí, antes de que terminara la clase, un cuento breve, brevísimo, de una sola línea, que llamé “La fuga” (*El 8 de junio de 1987, a las cuatro y cuarto de la tarde, en el penal de San Sebastián, Cochabamba, Bolivia, se produjo la fuga de Remigio Pedraza, oficial de guardia*). Luego, en el departamento en el que vivía con Carlos, un amigo que estudiaba medicina, seguí escribiendo microrrelatos.

Quizás era hora de darle un nuevo chance a mi vocación literaria, pensé. La había tomado como apenas un pasatiempo en Bolivia. No sabía que se la pudiera tomar en serio. Pero en la Feria del Libro de Buenos Aires veía a chicos de mi edad que iban a las presentaciones de José Donoso o Juan Forn –el escritor joven revelación del momento–, chicos que querían ser escritores, defendidos por la sólida tradición literaria argentina, y los envidiaba; ellos tenían lo que yo, solo que estaban dispuestos a jugársela. Comprendía que en mis días de crisis en Mendoza apenas había hurgado en la cáscara del asunto. Que no se trataba simplemente de elegir la carrera más adecuada para lo que podría servir o para aportar al elusivo “bien nacional”. Había que hacer caso a pulsiones más profundas. Pulsiones que podían ir a contrapelo de los dictados familiares o sociales. A contrapelo del tiempo que nos tocaba vivir. Incluso de los aparentes deseos de uno mismo.

Mis padres me habían dado una segunda oportunidad al enviarme a estudiar a Buenos Aires. Ahora faltaba que yo me la diera. No sospechaba que esto sería aún más difícil. Pero el ambiente cultural en Buenos Aires ayudaba. Envié algunos microrrelatos a *Puro Cuento*, la revista que dirigía Mempo Giardinelli, y aceptaron dos. Gané un concurso de cuentos en

la Universidad del Salvador, y pensé que haber superado en algo a los porteños me abriría inevitablemente las puertas del mundo.

Esos días me convertí en corresponsal del diario cochabambino *Los Tiempos*; escribí artículos de política internacional y me armé de valor para pedir entrevistas. Yo era un chico deslumbrado por la posibilidad de conocer a escritores que admiraba. El único escritor que había conocido en Bolivia era mi tío Fernando Diez de Medina (eso no contaba).

De todas las entrevistas que hice, la que más recuerdo es la de José Donoso. Era alto e intimidaba; con los lentes y el pelo blanco, daba la impresión de un escritor solemne, alguien que ya posaba para la estatua con que lo recordaría la posteridad. Me acerqué a él al término de una conferencia; llevaba varios manuscritos entre sus manos. Le pregunté si era difícil que concediera entrevistas. Me dijo que no, con un tono bonachón que me sorprendió, y luego me preguntó si era boliviano; reconocía el acento, su esposa era boliviana. Me citó para el día siguiente en el stand de Seix Barral. Esa misma noche compré *Casa de campo* y la leí hasta la madrugada.

En mis entrevistas había una pregunta inevitable: ¿qué le recomendaría a un chico que quiere ser escritor? Así comencé mi entrevista, nervioso, intimidado. “Que lea, que lea, que lea”, dijo él, sonriendo. “Que reescriba mucho. Todos pueden escribir, pero en realidad escribir es reescribir”. ¿Qué autores recomendaría? De los latinoamericanos, María Luisa Puga (“interesantísima”), Ribeyro, Juan Carlos Martini, Asís (“no ha hecho cosas buenas últimamente, pero no se puede desconocer la calidad de *Flores robadas en los jardines de Quilmes*”), Fuentes (“aunque no sé cómo sería releer ahora a Carlos”). De los chilenos, Skármeta e Isabel Allende. Sus preferidos: Henry James, Dickens, Hardy, Kafka, Conrad (“he sido monógamo sucesivo”). Se sumaban los nombres y se apilaban los libros en la mesa de noche (fracasé en el intento de leer *Lord Jim* en mi inglés precario).

Al término de la entrevista, Donoso me invitó a que volviera al día siguiente al stand, a acompañarlo. Tenía que firmar durante horas y se aburría. Supuse que me había tomado cariño por la conexión boliviana o porque era así de generoso con los escritores jóvenes. De modo que durante los siguientes días que duró la feria, iba a visitarlo al stand de Seix Barral y me sentaba a su lado. En los momentos en los que no había

nadie a quien firmarle un libro, ningún escritor rindiéndole pleitesía, Donoso me contaba de su vida, desgranaba consejos sobre el arte de la escritura y opiniones críticas sobre sus colegas (tenía una obsesión con Vargas Llosa: “Sus nuevas novelas son pan y circo para el pueblo”). También me presentaba a escritores y les decía, señalándome, “te lo encargo” (Josefina Delgado, directora de la Biblioteca Nacional, fue la única que le hizo caso y fue paciente conmigo. Fui a visitarla varias veces a su despacho, y me asignaba lecturas y las discutíamos; gracias a ella descubrí ¡*Absalón, Absalón!*; recuerdo su molestia cuando le dije que *El gran Gatsby* no me había impactado; había que tener más respeto por esos libros).

Terminó la feria, Donoso regresó a Santiago, y yo me sentí validado en mi vocación. De pronto, a los veinte años, un día de 1987, en mi segundo año de Relaciones Internacionales, descubrí que me había convertido en escritor, por más que para entonces no tuviera ningún libro publicado. Todo lo que leía, todo lo que me ocurría, era susceptible de ser materia de escritura para mis microrrelatos. Los libros para la universidad no me interesaban tanto como lo que leía en mis horas libres, llenando los huecos interminables de mi cultura literaria. Vivía para escribir y descubría que la vocación artística era tan fuerte como para imponerse incluso al desdén inicial de a quien le había tocado en suerte. Una vez que me di esa opción, todo fue más fácil. Dejé de preocuparme el de qué viviría y me dejé llevar por ese monstruo que tenía ahí adentro y que solo pedía una cosa: todo.

Animado por el premio de cuentos en Buenos Aires, a fines de ese año armé un libro de cuentos breves que envié a Donoso a Santiago y a la editorial más importante de Bolivia, Los Amigos del Libro. Donoso fue escueto, pero al menos me contestó a vuelta de correo: te falta trabajar. La editorial dijo algo similar. Revisé el manuscrito, descubrí que las críticas estaban en lo cierto, salvé algunos cuentos y me puse a escribir más microrrelatos. El libro, que se llamaba *Cristales en la noche*, pasó a llamarse *Las máscaras de la nada*, y volví a tener un manuscrito a mediados de 1988. Mi primer libro de cuentos se publicó dos años más tarde, gracias a un préstamo que me hizo mi madre (y que pude pagar cuatro años después, apenas se agotó la edición de mil ejemplares).

Cuando publiqué *Las máscaras...* creía haber superado mi primer amor, la novela policíaca. Había descubierto esos libros a los once años,

en la biblioteca de mi padre en Cochabamba. Mi padre era un lector consumado del género; tenía desde Rex Stout, S. S. Van Dine y los policiales jurídicos de Erle Stanley Gardner, hasta títulos de la legendaria colección de El Séptimo Círculo, dirigida por Borges. Esos libros fueron los que de verdad me engancharon a la literatura. Eran fáciles de leer, algunos los terminaba en apenas un día, en esos fines de semana largos de la adolescencia temprana. Como si se tratara de una competencia, intenté leer los ochenta libros publicados por Agatha Christie (no es broma: llegué a setenta y nueve, y luego no tuve curiosidad por leer el que me faltaba); los sábados, papá me llevaba a la revistería Sea, en la esquina de las calles Colombia y España, un lugar oscuro que olía a pipocas, donde don Gregorio me canjeaba libros y revistas argentinas de historietas (*El Tony*, *Dartagnan*, *Fantasia*). Me divertía con los cómics de Robin Wood (*Pepe Sánchez*, *Nippur de Lagash*, *Dax*). Canjeaba cuatro o cinco novelas cada semana. Así fueron cayendo en mis manos Ellery Queen, John Dickson Carr, Dorothy Sayers.

Entre los once y trece años escribí cuentos policiales que hacía circular entre mis compañeros del Don Bosco. Tenían como personaje principal a un detective boliviano llamado Mario Martínez, un obvio trasunto de Hércules Poirot, el detective de la Christie. Ayudado por el hecho de que mis compañeros no leían esas novelas, lo que yo hacía era plagiar las tramas y luego adaptarlas a un paisaje boliviano. Las novelas de doscientas cincuenta páginas se convertían en mis manos en resúmenes de entre diez y veinte páginas escritas a mano, en cuadernos de cincuenta páginas y con forro anaranjado. Al final del cuaderno dejaba espacio para los comentarios de mis compañeros (algunos eran crueles: el inicio temprano de mi relación con la crítica literaria). Después de escribir unos treinta cuentos plagiados, comencé a tener ideas para mis propias tramas. Hice una en la que se asesinaba a un futbolista importante en el Maracaná, pero no era tan buena como “Saeta” (que me había robado de un cuento de Conan Doyle) o “El misterio de los fósforos” (que le debía a Ellery Queen).

A los quince dejé de leer policiales porque me había cansado de lo predecible que podía ser el género. Pasé a lecturas más “serias”, más literarias (gracias a mi profesor de literatura en el Don Bosco, Néstor Ávila, había descubierto a Vargas Llosa, García Márquez, Kafka y Borges). Pensé

que este género tan adictivo, tan fácil de leer, era parte de una fase que, simplemente, se superaba. Por eso, quizás, tardé en comprender que los cuentos breves que escribí en Buenos Aires le debían muchísimo a mi práctica inicial de plagiario. En esa práctica había aprendido a resumir tramas de historias, concentrarme en lo esencial; ahora, a los veinte años, leía un cuento de Onetti como “El infierno tan temido” e inmediatamente hacía mi propia versión de una página:

Cuando le llegó la fotografía, en un sobre con un par de estampillas verdes y sellado en Bahía, cuando vio los cuerpos desnudos y los rostros sudorosos y obscenos, supo que era el comienzo, que habrían más fotografías de ella y de hombres extraños en el devenir de los días. Supo, también, que ella todavía lo amaba y que esa foto era la prueba más palpable de su amor; no podía estar equivocado: ella le había enseñado a leer a Onetti.

Ella lo había traicionado sin dejar de amarlo y se lo dijo. Él no la perdonó y la apartó para siempre con un insulto desvaído, una sonrisa inteligente, un comentario que la mezclaba con todas las demás mujeres. Ella se fue de Cochabamba y dos meses después envió la primera fotografía. Las siguientes, cada vez más obscenas, fueron llegando desde Asunción, Buenos Aires y Santa María, a direcciones diferentes: a su pensión, a un compañero de trabajo, a la madre de su primera esposa. Después su única hija recibió una foto; pero él no haría como Risso, no se suicidaría: esperaba las fotos con alegría más que con temor, cada foto era la certificación de un rito, un elogio al complejo absurdo del amor creado por los hombres.

Sin embargo, las fotos dejaron de llegar. Y él esperó dos años y comprobó que era suficiente; sabía que la segunda desgracia, la venganza, era esencialmente menos grave que la primera, la traición, pero también mucho menos soportable; ahora había aprendido que la espera era más intolerable que la venganza, que la traición, que cualquiera de las acciones humanas que poblaban el universo.

Era suficiente. Y se tragó todos los sellos de somníferos de todas las farmacias que conocía.

Los cuentos breves de esos años eran como un diario de lecturas –tengo mi propia “Continuidad de los parques” y mi propia *Lolita*–, pero también una muestra de lo que había aprendido sin saber en mi paso intenso por la

novela policial. Aun así, durante esos años porteños no estaba dispuesto a darle una segunda oportunidad al género; también dejé de leer novelas de ciencia ficción, pese a que me encantaban. Creía que para ser escritor no contaba la lectura de los géneros populares, que esos libros eran propios de la adolescencia y debían ser superados tan rápido como se pudiera, en el camino a la lectura de lo que verdaderamente contaba: Dostoievski, Stendhal, Thomas Mann, Cervantes, Quevedo y compañía.

Así llegó 1988. Yo desencantado con mi carrera, ya en tercer año de Relaciones Internacionales, pero feliz de haber asumido mi vocación literaria y de estar viviendo en una ciudad como Buenos Aires, que me daba todo lo necesario para la escritura. Una mañana de ese verano, sonó el teléfono. Era Lucho Tejada, el amigo que había hecho en Mendoza y que ahora estudiaba en Alabama. Me preguntó a quemarropa si estaba interesado en estudiar en Estados Unidos con una beca de fútbol. ¿Fútbol de ellos o del nuestro? Del nuestro, dijo, fútbol, soccer. Era amigo del entrenador ruso de la universidad, y este le había dicho que tenía becas para ofrecer a estudiantes extranjeros interesados en jugar por la universidad.

No me imaginaba yéndome de Buenos Aires, pero, por si acaso, pregunté de qué tipo de beca se trataba. Media beca, dijo Luis.

Eso significaba, sobre todo, la mitad de la matrícula, lo más caro de los estudios en Estados Unidos. Le dije que igual seguía siendo caro; si fuera una beca completa, quizás... No lo decía del todo en serio, en verdad creía que mi pedido era imposible de cumplirse. Además, ¿para qué tentar al destino e irme de un lugar en el que me sentía a plenitud?

Dos meses después, Lucho volvió a llamarme con la noticia de que me había conseguido la beca completa: toda la matrícula, más el pago del alquiler del departamento donde viviría, un cheque para libros y fondos para el mes. Una beca a la que era imposible resistirme; no tenía ni siquiera que ir a probarme en el equipo de fútbol. Me tentaba independizarme económicamente. Comencé el proceso de racionalización, de justificar la decisión que de alguna manera ya había tomado: sería una experiencia novedosa, y además, quería estudiar inglés. Le dije a Lucho, sin pensarlo más, que aceptaba la beca. Así fue que mi vida dio un gran giro. Estudiaría Ciencias Políticas, me transferirían un año de créditos de mis estudios en Buenos Aires, solo tendría que tomar tres años de clases.